

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristó. — 50 céntimos.

La piedad y las virtudes cristianas. — 1 real y medio.

La piedad y la vida interior. — *Primer cuaderno*: Nociones fundamentales, 80 cénts. — *Segundo cuaderno*: La abnegación, 4 real y medio.

La presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar. — 4 real 75 cénts.

La Religión al alcance de los niños. — 80 cénts.

La sagrada Comunión. — 80 cénts.

La secta católico-liberal. — 1 real y medio.

Las maravillas de Lourdes, 3 rs. en rústica y 6 en pasta.

La Tercera Orden de San Francisco de Asís. — 60 cénts.

Los francmasones: lo que son: lo que quieren: lo que hacen. — 2 rs.

Los voluntarios de la oración. — 6 rs. el ciento.

Mi madre. Noticias de su vida y de su santa muerte. — 1 real.

Objeciones contra la Encíclica. — 32 cénts.

Reclinatorio para la visita del santísimo Sacramento. — 2 reales y medio en rústica, y 4 en percalina.

Veladas religiosas. — 2 tomos, 14 rs. en rústica y 20 en pasta. Fuera, 16 y 24.

¡Viva el Rey! — 80 cénts.

Por cada diez ejemplares se dan dos gratis si se toman en rústica, y uno si son encuadernados.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

C. 4.61 n.º 9

LOS FRAILES DE VUELTA.

BREVE Y FAMILIAR APOLOGÍA

DE LOS

INSTITUTOS REGULARES,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.,

Director de la Revista popular.

Con aprobacion eclesiástica.

BARCELONA.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.

1880.

Es propiedad.

LOS FRAILES DE VUELTA.

INTRODUCCION.

Los grandes acontecimientos históricos, como los grandes paisajes, necesitan para apreciarse con toda exactitud cierta conveniente lejanía del que desea estudiarlos. En este sentido se encuentra ya el pueblo español con respeto á la sangrienta página de nuestros anales contemporáneos, que lleva por título: Expulsion y matanza de los frailes y destruccion de sus conventos en 1835.

No que en rigor necesitase ya entonces esta distancia el hombre recto y desapasionado, para juzgar cual se merecen aquellos odiosos atentados. No; que por un lado la sangre de tantas victimas inocentes, muchas de ellas esclarecidas, y por otro la destruccion de tantos monumentos preciosos, archivos del saber y verdaderos museos artisticos que enriquecian nuestro suelo, ni un instante pudieron ser mirados sin horror por quien, aún en medio de la ceguedad de las pasiones políticas é irreligiosas, no tuviese del todo pervertido el cora-

U. en 4 de Mayo de 1894.

zon y borradas del entendimiento las más vulgares nociones del buen sentido. Pero ¡ay! que en el vértigo de aquellos horribles días fueron muchos los hermanos nuestros que, si no empuñaron el arma y la tea contra los frailes, simpatizaron quizá con sus viles asesinos ó creyeron excusable por lo menos, á título de desahogo popular ó de remedio extremo de grandes males, aquella espantosa catástrofe! ¡Ay! que la sangre en aquella infausta noche vertida no ha sido todavía, no diremos vengada, que contra nadie pedimos venganza, pero ni siquiera desagraviada! ¡Ay! que las palabras fraile y convento suenan aún hoy en los oídos de no pocos como tema de execración y de impenitente sarcasmo! Para eso escribimos sentados, no ya en las ruinas de los claustros, porque de los claustros apenas nos quedan ya siquiera ruinas, pero sí en las del orden social, que aquel día empezó á ser barrenado en sus propios cimientos. Estamos ya en la situación de escuchar las voces de la experiencia y de decirle al pobre pueblo, miserablemente seducido, burlado, *estafado* por sus falsos amigos: Mira, pueblo infeliz, mira y aprende al fin. Cuarenta y cinco años despues de la destruccion de los que pintaron como únicos enemigos de tu bienestar... no eres aún dichoso, aunque te persuadieron ibas á serlo en seguida, sino que eres mil veces más desgraciado. Cuarenta y cinco años han dado ya de sí lo bastante para que conozcas si fué en realidad contra tus intereses ó en favor de ellos aquel acontecimiento desastroso. Mira y aprende al

fin. Y si quieres la paz y sosiego apetecidos, te lo dirémos con franqueza y sin ningun rodeo ni atenuante: atrás, atrás, atrás; vuelve sobre tus pasos; rechaza lo que has abrazado, y abraza otra vez lo que has rechazado. No hay para tí otra salvacion; no hay otra esperanza!

Cuarenta y cinco años despues de la gran catástrofe.

Porque, vamos á ver; hablemos claro de una vez, y abordemos de frente la cuestion. ¿Qué ha ganado España con la destruccion de los asilos religiosos? ¿Qué ventajas, siquiera de orden material y terreno, ha reportado de su desaparicion? Como no sea alguno que otro comprador de bienes sagrados que con ellos ha logrado improvisarse hacendado y capitalista, no sabemos que ningun otro mortal haya salido de necesidades gracias á aquel desestancamiento de fabulosa riqueza con el cual se pretendia habian de quedar todas remediadas. La nacion, pobre como siempre, debe cada dia más; y si no se ha declarado ya en quiebra, está por lo menos en inminente peligro de ella. El contribuyente paga como nunca pagó, y el grito general y desgarrador es que no se puede ya pagar más. El caso terrible es que los Boletines provinciales no anunciaban años atrás más que subastas de bienes sagrados. Hoy las subastas son

ya de fincas particulares que se ve obligado á vender el Estado en pago de atrasos de contribucion. ¡Espantosa justicia de Dios! Id á preguntar á las comarcas sujetas antes al señorío de un monasterio qué yugo les parece más blando: si el de los señores feudales de hoy, ó el de los maldecidos tiranos de entonces. Preguntad al poderoso si goza lo suyo con más seguridad hoy que en aquellos ominosos tiempos. Hay vigilancia pública de todas armas y uniformes; pero si quiere ser sincero el mismo rico, aunque no sea cristiano, os dirá que más hacian por la pública tranquilidad las humildes parejas de misioneros capuchinos y franciscanos que recorrían los pueblos, que las numerosas de guardia civil que recorren hoy las carreteras y van de guarnicion en los trenes. Decidle al pobre si es verdad que hoy se le ama más, se le honra más, se le da más proteccion, se provee más á sus necesidades; y os contestará, sonriendo amargamente, que todo esto es verdad en las columnas de ciertos periódicos y en los discursos de ciertos clubs; pero que en realidad el desden á la clase popular, el desprecio del pobre, los frecuentes puntapiés á su decantada soberanía, el olvido de sus más elevados intereses, nunca fueron tan generales como hoy, nunca más irritantes. Averiguad por fin de dónde ha salido esa fatídica palabra *socialismo* que resuena años há de un confín á otro de Europa, siniestro ideal de unos, perpétua alarma de otros; espantosa fantasma que quisiera sacudirse de sí la moderna sociedad, pero que lleva no

obstante más hondo cada día en sus entrañas, como la conciencia del criminal lleva para su castigo el remordimiento de su crimen: averiguad de dónde procede ese reconocido desequilibrio social que todo el artificio de nuestros sistemas de gobierno no basta á contrapesar, ese armarse á la sombra tantos pueblos contra sus Gobiernos, esa inquietud, ese bambolear de casi todos los gobiernos á la menor agitacion de sus pueblos, y á poco que discurrais como cristianos, ó siquiera como paganos de buena fe, comprenderéis que algun gran delito social se está expiando. Y es verdad: la generacion presente lleva sobre si la responsabilidad de un espantoso parricidio. Aquella desolacion y aquella sangre claman aún desde la tierra á Dios, como la de Abel, y no consienten felicidad ni reposo á los nuevos Caines. ¡Y fuese al menos no tan aterrador el porvenir! ¿Quién se atreve hoy á fijar los ojos en el día de mañana que no los aparte despavorido?

II.

¿Qué ganancias sacó el verdadero pueblo de la sangrienta hazaña del 35?

Pero tú sobre todo, tú, pobre trabajador, que de los cambios políticos y de los trastornos sociales sales por lo regular pagando en tu cabeza los tientos rotos, y sigues tras cada etapa reformista comiendo siempre el mismo negro pan con el mismo

sudor de tu cara y la misma fatiga de tu cuerpo y el mismo anhelo de tu alma, que esa es tu condicion y la de todos los hombres honrados que no medran con las revueltas, sin que hayan de librarte de ella todas las revoluciones habidas y por haber; tú, oscuro jornalero, bien lo ganes labrando los campos en la aldea, bien al pié de una máquina ó en los bancos de una tienda en la villa ó en la ciudad, dime: ¿qué has ganado tú con que cuarenta y cinco años atrás fuesen arrojados de nuestra patria los frailes é incendiados sus conventos? ¿En qué ha mejorado tu suerte y la de tu mujer y la de tus hijos? No fuiste tú el autor de la matanza, ya lo sé; fuiste tan sólo ciego instrumento de ella. Pero al fin ¿cómo ha sido recompensada tu criminal intervencion en aquellos atentados? ¿qué barato has cobrado tú de aquella infernal orgía?

¡Ah! ya lo sé. Habia, por ejemplo, en tal comarca un viejo monasterio cuyas eran las fincas principales de ella. Mil veces te dijeron que aquel monasterio era causa de la pobreza del país; que el censo, el diezmo ó la pension que se le debian traia esquilados á los terratenientes; que aquel abad ó aquellos monjes engordaban perezosamente detrás de sus tapias torreadas, á costa de los sudores del colono ó del parcero. A la verdad, lo mismo te dicen hoy del capitalista ó del hacendado, y con igual maligna intencion. Eso te dijeron, y pusieron en tus manos un puñal y una tea, y te azuzaron como un loco á la matanza y al incendio. ¡Cayó el monasterio! ¡Huyeron ó perecieron bajo

sus escombros los antiguos moradores de él! Todo ha cambiado. Mas no todo: la finca ha cambiado de poseedor, es verdad; pero no tú de condicion. Aunque... digo mal, tú has cambiado tambien, porque tu condicion ha empeorado considerablemente. Dime sino: ¿cuánto pagas por el arrendamiento ó parceria de hoy? ¿más ó menos que antes? ¿Quién te trata con más humanidad y cariño: el procurador de los nuevos amos, ó el procurador de los odiosos monjes de entonces? ¿De quién recibias con más facilidad dinero para tus apuros, condonacion de pagos en años de mala cosecha, consejo en los casos dudosos, proteccion en tus angustias? ¿De quién, dímelo: del monasterio de ayer, ó del lujoso caserío ó quinta que se alza hoy en su lugar? ¿A dónde has acudido con más confianza de encontrar buena cara y trato bondadoso: á la humilde portería claustral, ó al zaguan de tus nuevos señores? ¿Cuándo te palpitó más receloso el corazon: cuando tirabas de la cuerda de aquella campana antigua, ó cuando echas hoy la mano al moderno picaporte? ¿Quién te saludó con más afabilidad: el lego bondadoso que entonces te abria la puerta, ó los perros que desde ella te ladran hoy dia?

No sé si has oido contar á tus padres lo que era muchas veces para el pueblo de la comarca el convento ó monasterio que se levantaba en medio de ella. No sé si has oido referir que para los niños era escuela gratuita elemental; para los más crecidos y ganosos de entrar en carrera, Instituto de

segunda enseñanza, y hasta en ocasiones verdadera Universidad. Y te advierto que allí no se pagaba matrícula, y los libros se regalaban, y además, cuando era necesario, se proporcionaba la manutención. Díme ahora: ¿hacen esto por tus hijos los nuevos amigos que te han salido por escotillon? Es verdad, puedes mandar tus hijos á estudiar á la capital: á peso de oro te proporcionarán allí libros y enseñanza, quizá veneno y corrupcion del alma. A peso de oro te darán eso, amigo mio; y si no tienes oro, resignate: le queda á tu hijo de talento el recurso de quedarse las más de las veces simple trabajador.

No sé si recuerdas que algunos de los conventos y monasterios tenian botica; y esta botica, excelentemente surtida á tenor de todos los adelantos de la época, no era sólo la botica de la comunidad claustral, era ordinariamente la botica de toda la comarca. No vayas ahora á buscar medicinas para tu mujer é hijos á donde solieron ir á buscarlas tus padres. No te las darán, porque ha desaparecido de allí el fraile enfermero, que sabia como los médicos de más nota, y que, amen de infinitos recursos de ciencia y experiencia que de balde prodigaba, tenia en su corazon para los pobres tesoros inmensos de caridad. No, no vayas hoy á buscar medicinas á la moderna casa que ha sustituido á la antigua. ¡Pobre hijo del pueblo! ¡Ni te comprenderian!

¿Has oido mentar en son de asco y burla aquello de *la sopa de los conventos*? Con ese recuerdo

quieren hoy humillarte, y puede que alguna vez hayas caído en la debilidad de darte por humillado con él. Sin embargo... escucha una reflexion. ¿No has oído hablar por ahí, en días de pública calamidad, de una invencion moderna para alivio del pobre, que se llama *Cocina económica*? Si, y yo te he visto en época de penuria acudir solícito á la tal cocina y llenar allí tu olla para la familia, mediante el pago de una insignificante cantidad ó de un bono de carton que manos caritativas te han proporcionado. Y eso aplaudes, y eso bendices, y eso te ha sacado de apuros más de una vez. Pero eso (y perdona) no es nuevo. Los frailes habian puesto en cada uno de sus conventos la tal *cocina económica* muchos siglos antes que pensasen en inventarla los modernos ingenios. Y tan económica era la cocina de los frailes, que en ella se daba comida al pobre sin pagar un cuarto, sin ni siquiera entregar un bono, sin ni siquiera dar el nombre. Bastaba por única recomendacion presentarse con la necesidad. Y la tal cocina económica no era temporera y de circunstancias; funcionaba siempre y en todos tiempos, aunque se aumentaba en los calamitosos. Era, en cierto modo, la comunidad claustral que hacia extensiva su mesa á todos los necesitados del vecindario y transeuntes. Era la casa del fraile, que fué siempre la casa de todo aquel, pobre ó rico, que llamó á ella en nombre de Dios.

¡Vaya, amigo! ¡Ya no hay frailes! ¡Ya no hay conventos! ¿Querrás decirme quién te convida hoy con la sopa de su mesa cuando no tienes pan en

la tuya? ¿quién te trae á tu cama resignacion y medicinas cuando gimes enfermo? ¿quién enseña y educa gratis á tus hijos en las letras, en el respeto á tu autoridad y en el amor de Dios? ¿quién se abaja á tu nivel para consolarte y mejorarte y enaltecerte? ¿qué sacrificios hacen por tí tus falsos amigos de hoy? ¿cómo te pagan los tuyos? ¿Querrás decirme eso? ¡Ay del pobre si no hubiese quedado dichosamente por ahí como rezagado alguno que otro amigo de los frailes y discípulo de ellos para suplir en lo posible, pero de un modo muy insuficiente, el hueco que dejó su destruccion!

III.

Cuatro bancarotas en una.

Resumiendo en unas pocas todas las consideraciones que se podrian hacer sobre los resultados que le ha traído á la pobre España la destruccion de las Ordenes religiosas, podemos muy bien concluir que el espantoso atentado que se cometió contra ellas, sólo con la mira de hacer lo que se llama un buen negocio, por justos juicios de Dios ha resultado á la postre bajo todos conceptos verdadera solemnisima bancarota.

Bancarota del derecho de propiedad. Con la sancion legal que se dió á aquel hecho inicuo y con las leyes desamortizadoras que fueron su continuacion, quedaron justificados en principio todos los

ataques (brutales ó legales) que pueda en adelante sufrir la propiedad particular. A los ojos del pueblo todo fué conculcado por el Estado el derecho de propiedad en lo que era su personificación más respetable, esto es, en la propiedad sagrada. Vano es que en adelante se proclamen sagrados los intereses del hombre, cuando se le ha mostrado al hombre que no son sagrados ante la codicia ni los derechos de Dios. Así que el incendio de los palacios y fábricas, la tala de los bosques y el saqueo de los públicos caudales no pueden en rigor de lógica ser mirados como acto criminal por una generación que ha visto á una clase entera legalmente saqueada, devastada, asesinada, sólo por el crimen de ser religiosa. Cuando dijo muchos años há álguien que el socialismo vive latente en nuestra moderna sociedad europea, dijo la verdad; sólo que la dijo á medias, pues el tal mónstruo no vive latente en ella, sino pública y oficialmente reconocido.

Bancarota del principio de autoridad. Las Ordenes religiosas eran en España amadas y veneradas. No fué el pueblo español quien las expulsó de su suelo: fueron los que en determinadas circunstancias salen siempre arrogándose insolentemente su nombre y representación. El pueblo español veía á todas horas el hábito claustral colocado en sus altares, embellecido en sus leyendas, glorificado en su historia. La guerra de la independencia mostró al vivo el ascendiente del fraile sobre el pueblo, que mil veces se dejó acaudillar por él como un león, y otras mil enfrenar y contener como

mansa oveja. Nadie tenia sobre el pueblo la autoridad y ascendiente del humilde fraile. Convino á la Revolucion arrancar las masas al ascendiente poderoso de esta autoridad, y con la ayuda del infierno lo alcanzó. Pero ¡ay! Decidme, ¿queda ya despues de esto autoridad alguna sobre la tierra? Desde el dictador que se impone á la nacion hasta el municipal que vigila desde la acera, en la Europa de hoy los gobernantes por regla general gobiernan todos con sable, y sólo gracias á él consiguen hacerse obedecer. La autoridad, como fuerza moral, ha desaparecido de entre los hombres por lo que toca á la sociedad civil. Sólo queda la fuerza física y coactiva, que no es lo mismo. En vano se decreta en las modernas legislaciones la inviolabilidad y el respeto. El respeto no se impone, se inspira. Y cuando se ha dado el mal ejemplo de pisotear lo más respetable, ¿cómo se puede conservar derecho alguno á la respetabilidad?

Bancarota de la moral pública y privada. El fraile, no nos cansaremos de repetirlo, era en nuestra España el elemento más popular. Tienen razon nuestros enemigos: el fraile lo llenaba todo. Su influencia no tenia rival: en las ciudades como en los campos; en las más empinadas sierras como en los mas solitarios valles, el convento ó el monasterio, que se encontraban á cada paso, irradiaban cada uno en su respectiva esfera de accion la luz de la verdad, el calor de la fe, el resplandor de los más elevados ejemplos. Las magnificencias del culto, la predicacion continua, el consejo en los casos

difíciles, la instruccion de la niñez, la caridad con toda suerte de necesitados, daban al fraile sobre el pueblo un influjo altamente moralizador. Napoleon lo decia con desprecio: «Es, decia, España un pueblo educado por los frailes.» Harto conoció luego á costa suya lo muy noble y sano que era un pueblo formado con tal educacion. Hoy no educan al pueblo los frailes sino los politicones de club, los periodistas sin temor de Dios, los espectáculos sin vergüenza: ya se va viendo la diferencia de educacion á educacion. El termómetro moral apenas puede señalar ya más bajo. Consultad la estadística criminal; dad una ojeada á lo que lee el pueblo de hoy, á lo que habla, á lo que le divierte, y decid luego si no es desconsolador el resultado de tales investigaciones.

Bancarota de la ciencia y de las artes. Los claustros no eran sólo casas de austeridad y recogimiento; eran además centros de saber y de verdadera ilustracion. Hoy apenas tenemos tiempo ó paciencia para leer las obras inmensas que en el claustro se escribieron, y que hoy no se escriben, porque tales obras sólo se conciben y se emprenden y se llevan á cabo en la soledad. La generacion de hoy apenas da de sí más que periódicos, folletos y novelas. Es verdad que la generacion actual apenas da muestras de apreciar ni necesitar otra cosa. Sin embargo, no será ocioso recordar á los que á todas horas andan vociferando progreso, luces, ilustracion de las masas, que cada claustro suponía una biblioteca por lo regular magnífica, un archivo lleno de

preciosos documentos, un museo rico en cuadros, esculturas ó bellezas arquitectónicas. Y que ellos, los apóstoles de la ilustracion, han abrasado y demolido esos archivos y museos y bibliotecas, y han esparcido por toda Europa sus preciosidades, robadas por ellos al noble pueblo español, para cuya ilustracion las habian acumulado los frailes en siglos y siglos de gigantescos esfuerzos. Los escombros que quedan de nuestros espléndidos monumentos hablan todavía muy alto en favor de la cultura moniacal: el sabio y el artista los saludan respetuosamente, y no pueden menos de maldecir el día infausto en que la Revolucion, en odio á Dios, borró del suelo de la patria tales maravillas.

Ocioso fuera discurrir más ámpliamente sobre estos cuatro puntos, cuya sencilla indicacion se presta de sobra á abundantes reflexiones. Tales son los datos que arroja un ligero balance de nuestra actual situacion; tal es hoy día nuestro enorme pasivo. Son hechos que están á los ojos de todos, y que en vano querrá desmentir ú oscurecer el más sutil de nuestros contradictores. Los entregamos á la meditacion sensata y juiciosa de nuestro buen pueblo, para que sea él quien dé el fallo definitivo en este triste proceso entre el fraile y sus enemigos, y apresure en nuestra España la completa restauracion de las Ordenes religiosas. A voz en grito empiezan ya á llamar al fraile muchos que cuarenta años atrás se desataron en imprecaciones y denuestos contra él.

IV.

Quan Dèu vol de tot vent plou.

En efecto, por aquello que decimos en catalan: *Quan Dèu vol de tot vent plou*, estamos hoy asistiendo á la restauracion de las Órdenes religiosas en nuestra patria, sin acabar todavia de darnos cuenta de este para nosotros rarísimo fenómeno. Siempre fué tenuta España por el pais de los vice-versas; no serémos nosotros quienes nos quejemos de los que ofrece hoy dia de una parte el racionalismo imperante en todas las esferas de nuestra vida oficial, y de otra los frailes obteniendo tan fácilmente de esta misma situacion racionalista autorizacion para volver á establecerse entre nosotros. Excusemos, empero, meternos en honduras que no cuadran á la índole de nuestra propaganda, y aceptando el hecho á beneficio de inventario, es decir, sin pretender estudiar por hoy las causas de él, demos gracias á Dios, de quien en definitiva todo bien procede, y bendigamos su sábia providencia que por tan ignorados senderos y vericuetos conduce las cosas y los hombres á la realizacion de sus inefables designios. La verdad, sea cual fuere su secreta explicacion, es que hoy por hoy, año de mil ochocientos ochenta, se vuelven á alzar en nuestra patria conventos y monasterios más de cuarenta años há derruidos, y vuelven á discurrir frailes y monjes con sus hábitos por nues-

tras campiñas y poblados, y con sus propios ojos puede ver la generacion actual qué clase de monstruos son un Capuchino, un Dominicó, un Trapense ó un Bernardo, lo cual desde el 35 acá no habia podido estudiar nuestro pueblo más que en dramas de tarde y en novelas á real. Esto es algo; decimos más, esto es mucho. Y si permiten los acontecimientos el que cuajen y arraiguen bien en nuestro suelo estos lozanos renuevos, es indudable que la Religion y la patria verán con esto compensadas muchas de sus antiguas amarguras. Bien lo necesitan ambas, que cierto con la obra de disolucion con tanto ahinco sostenida contra ellas desde cerca un siglo há, sólo despues de Dios pueden agradecer á su vigoroso temple católico, obra de largos siglos de viva fe, el no haber ya desaparecido hoy del cuadro de las naciones cristianas. A buen tiempo nos llega, pues, por la misericordia divina este reparo; excelente augurio nos va pareciendo él para los gloriosos destinos que pueden todavía caberle á esta querida patria nuestra, tantos años há sin ventura.

V.

¡Bienvenidos otra vez los frailes!

No vamos á hacer aquí una reseña de los conventos y monasterios que de algun tiempo acá se han abierto en nuestra patria. Estadística completa de ellos no la tenemos, y por esto no la pode-

mos dar. Lo que sí se ha visto, y esto general y constante, es que en ninguna poblacion ó comarca de nuestra patria ha ocasionado la presencia del hábito monástico ó conventual las calamidades y catástrofes con que todos los dias y todas las horas andaban aturrullando á las gentes asustadizas los fatídicos agoreros de la revolucion. Se ha abierto en tal parte un monasterio de Trapenses, y en otra un convento de Franciscanos, y más allá uno de Dominicos ó Capuchinos, y en tal ciudad una nueva casa de Jesuitas, y... forzoso ha sido reconocerlo, ni se han revuelto los elementos, ni ha perdido su equilibrio el globo terráqueo, ni se han desprendido del firmamento los astros de él. Más claro y en sério. Aquellas convulsiones sociales, aquellos disturbios populares, aquel general descontento con que habia de ser saludada la reaparicion del fraile entre nosotros no se han visto, que sepamos, en parte alguna. En todas ha sido recibido el fraile como un viejo amigo cuya mano se vuelve á estrechar tras largo periodo de ausencia. Ni admiracion ha causado, en los que ya le habian visto, volverle á ver, ni en los que nunca le habian visto ha causado extrañeza la novedad de su trato. Diríase que por todos se sabia ya que aquella forzada separacion no podia ser más que temporal. El huésped, mejor el hermano, no habia dejado su puesto en el hogar de la familia española, más que con el pacto tácito de volverlo á ocupar á la hora menos pensada. Dios debia señalarla esta hora, no el cálculo de los hombres. Y para que

se viese que no eran éstos sino Aquel quien la señalaba, por esto sin duda ha tenido lugar el principio de la anhelada restauracion en los míseros tiempos presentes, por tantos motivos (humanamente hablando) contrarios á ella.

Vuelven, pues, y vuelven muy enhorabuena á esta tierra hidalga los que en mal hora lanzó de ella un dia la feroz oleada revolucionaria. El verdadero pueblo español los quiere, los necesita. La huella de los beneficios del fraile no se ha borrado todavia del corazon de nuestro pueblo. Los más brillantes episodios de nuestra historia son debidos en gran parte á su influencia sin igual. Con la preponderancia del hábito religioso en nuestra patria coinciden, por no sabemos qué suerte de especial providencia de Dios, todas las preponderancias españolas, la politica, la literaria, la económica y hasta la militar. El nos ha acompañado en todas nuestras glorias, ha resplandecido en nuestros concilios y academias, ha llenado las secciones todas de nuestro Parnaso, ha estado con nosotros en todos nuestros campos de batalla, desde los primeros dias de la reconquista goda contra el sarraceno, hasta los de nuestra independencia contra el francés en las brechas de Gerona, Tarragona y Zaragoza. Es el tipo más nacional entre cuantos forman nuestra característica fisionomia, y ha sido por esto siempre el más popular. Todavía son para nosotros las fiestas más populares las que los frailes nos habian enseñado á celebrar. Todavía son de frailes los Santos y Virgenes que con más devocion veneramos en nuestros alta-

res. Nos hemos hecho mil veces esta observacion. ¿A qué deben sino la fiesta del Rosario, la del Carmen, la de los Dolores, la de san Antonio de Padua, la de santo Domingo de Guzman, la de san Francisco de Asis, la Porciúncula y alguna otra su especial popularidad sino á ser hijas de los conventos? ¡Bienvenidos sean, pues, los frailes! No se tardará en ver cuán amorosamente se abraza á ellos el corazon del pueblo español, como se abrazaba la hiedra á los toscos sillares de sus cercas é iglesias!

¡Malhaya quien, en su apego á envejecidas y rencorosas preocupaciones, ponga obstáculos á esta obra de restauracion tan suspirada!

VI.

¿Cómo vuelve el fraile á establecerse entre nosotros?

Comprendemos que se note algun sintoma de mal humor en los viejos enemigos del fraile al volverle á ver á él, lozano y rejuvenecido, ellos los enclenques y averiados fósiles volterianos allá del año 12 y del 35. Como tambien nos explicamos perfectamente que suelten sus acostumbrados bufidos los revolucionarios del dia, los que, en su odio feroz y sistemático contra todo lo que lleva el sello de Cristo, andan atisbándonos el menor movimiento para emprender inmediatamente contra todo lo nuestro vocinglera campaña de denuestos é

imprecaciones. ¿Por qué habíamos de indignarnos contra esa salva de honor que se les hace á los frailes á su regreso? Por sospechosos podríamos quizá tenerlos si no se les hiciese. Es, sin embargo, posible que más de un incauto, al leer tales diatribas é indignidades, haya podido concebir contra las Ordenes religiosas de nuestra patria alguna prevenicion. A este hablamos en los presentes ligerísimos apuntes.

¿Cómo vuelve el fraile? Por de contado vuelve, no por especial privilegio concedido á su clase, no por singular autorizacion de la ley, aunque así lo parezca. Vuelve por derecho propio. Vuelve en uso de una libertad cien veces proclamada, aunque para el bien cien mil veces desmentida; libertad de la que es ridículo fuese hasta hoy solo él el pária y el desheredado. Vuelve acogido al derecho comun que protege á todo ciudadano en la eleccion de su domicilio, método de vida, forma de traje y suerte de ocupacion. Va y viene por la frontera, porque trae en regla su documentacion personal; reside en tal ó cual poblacion, porque tiene allí registrado su empadronamiento; ocupa aquella casa chica ó grande porque es suya ó de quien se la presta, ó porque paga por ella un corriente alquiler; reza, escribe, enseña ó predica, porque tuvo por conveniente dedicarse á esas tareas, como pudiera haber creído mejor para si defender pleitos, ó escribir periódicos, ó hacer zapatos. Es hombre, y la famosa tabla de los derechos del hombre parece debe rezar con él como con todos á quienes se la regaló hace

un siglo el Sinaí revolucionario. Es español, y entra á la parte de ciudadanía *libre* é inviolable con todos los demás españoles á quienes se la reconoce la Constitucion del Estado. Sobre estas bases, que nos dan hechas nuestros propios adversarios, pregunto yo: ¿qué motivo ó sombra de él puede haber para que clamen contra el establecimiento de los frailes en nuestro suelo los que en sus más avanzadas teorías empiezan por reconocerle la más amplia libertad de establecerse en él? Ese ciudadano libre que berrea en el club ó desde el periódico, ¿con qué derecho puede impedir que otro, tan libre como él, gaste su pulmon y su saliva en el púlpito y en el confesonario? Aquel que se pasa las horas muertas en su café ó garito, y que de vuelta á casa á altas horas de la noche la llena de trancazos y soplamocos á la muy nea de su mujer, ¿con qué apariencia de razon ha de estorbarle al religioso que se harte de cantar en su coro ó de estudiar en su biblioteca, y que por contera se abra de vez en cuando las espaldas á disciplinazos? El que tiene por única ocupacion en este mundo gastarse alegremente en él las rentas propias, y áun tal vez las ajenas, ¿por qué ha de ver con malos ojos que un hermano suyo renuncie á poseer, renuncie á medrar, renuncie á divertirse, renuncie, por, fin á todo lo que se le antoje contrario á su vocacion, que (áun humanamente hablando) es antojo tan libre y tan soberano y tan respetable como cualquier otro?

VII.

Más sobre lo mismo.

Estas solas reflexiones bastan para convencer de irracional la conducta que se sigue con los frailes por algunos de los que más quieren echarla de tolerantes y liberales. Pero vamos á otra.

Vuelven los frailes y no piden á nadie ni la finca que les fué arrebatada, ni el solar de su iglesia sobre la que se construyó un teatro ó un cuartel, ni siquiera aquellos viejos paredones de su convento sobre los cuales quizá ha respetado todavía el incendio los gloriosos blasones de su Órden. ¡No os asusteis, injustos detentores de bienes ajenos! El buen fraile puede que no logre arrancaros ¡desdichados! la acerada espina del remordimiento en vuestra hora postrera. ¡Más desdichados si ni aún llegais á sentirla! Pero en cuanto á la posesión material de lo que fué un dia casa suya y templo suyo y finca suya, no os perturbará en el goce de ella la reclamación del fraile. Canto procurará ser para no poseer cosa con que en adelante os tienta la infernal codicia, pero esas otras cuentas atrasadas las deja él sobreseidas acá en la tierra y os las reserva íntegras para el tribunal de Dios. Es, pues, gana de alborotaros cuanto os digan sobre el particular los enemigos del convento y del monasterio. Vienen los frailes en son de paz.

Tampoco es cierto que os pidan ni que le pidan al Estado renta ó subvencion. ¡Bonita anda la Hacienda pública para subvencionar conventos y monasterios! ¡Cucos son los patriotas para consentir que frailes ó monjes entren á la parte con ellos en la sopa del presupuesto! No, amigos míos, no. Vuelven los religiosos sin exigirle un cuarto á nadie, sin gravar para nada la esquilhada nacion, sin figurar directa ni indirectamente en capítulo alguno del referido. No falta quien á nuestro pobre pueblo le haga comulgar en esto como en todo con ruedas de moler, que se dice vulgarmente. Así que para muchos infelices cada fraile, y aún cada monja, son otros tantos pensionistas que viven á costa de la nacion, y de consiguiente sobre las espaldas del contribuyente. No hay tal, y falta á la verdad quien otra cosa diga. El sacerdote que cobra (y son los menos), cobra en virtud de indemnizacion muy desigual por las rentas que se le arrebataron, y en pago del servicio oficial que presta. El fraile que vuelve ahora, ni aún por este concepto cobrará. Tendrá algo si se lo gana ó se lo dan de limosna, exactamente como tú, pobre trabajador, tienes lo tuyo si te lo sabes ganar ó te lo regalan. Y comerá si tiene con que comprárselo en la plaza, como tú y yo y el vecino de enfrente. Y si no tiene con que comprarlo pasará, como cualquier otro, estrechez y necesidad, y buscará honradamente como salirse de ella. Y aún de lo poco que tenga para satisfacer la de cada dia, le quedará siempre bastante para socorrerte á ti, para dar instruccion á tus

hijos, para embellecer su iglesia, para ser, en una palabra, en este nuestro siglo financiero y economista, no un zángano, no un holgazan, no un simple consumidor, como son tantos otros que por ahí gallean y peroran, sino un verdadero y poderosísimo elemento de producción material, aún después de haberlo sido de cultura y moralidad.

VIII.

Los frailes improductivos.

Alguno de nuestros lectores, hasta de los que nos son más amigos, se habrá sonreído quizá al leer al final de nuestro último párrafo que el fraile venia para ser en nuestro suelo, no un vividor holgazan como tantos otros vividores que pelechan en él tan á sus anchas, sino un poderoso elemento de producción, aún en el orden puramente material. Sepa este tal que, así en nuestros ataques como en nuestras defensas, no gastamos argumentos de broma. En serio peleamos, que soldados queremos ser de veras y no pirotécnicos de fuegos artificiales. Lo dicho sostenemos, pues, y pasamos á probarlo.

No nos detendremos en exponer lo que en favor de la agricultura, de la industria, del comercio y de los descubrimientos útiles han hecho y siguen haciendo los Institutos religiosos. De puro conocido se ha hecho trivial y ya casi de mal gusto esta especie de lugar común de todos sus apologistas.

Lo que aún hoy están haciendo, por ejemplo, los Benedictinos en la Australia y Oceania, y que no pueden desconocer sino los ignorantes, eso mismo han hecho siglos há los monjes todos en nuestra Europa y están haciéndolo hoy día en ella. En Francia, como en Alemania, Bélgica, Italia é Inglaterra, las mejores granjas, las verdaderas granjas-escuelas y granjas-modelos son casas religiosas. Allí se aplican primero que en cualquier otra parte las máquinas más perfeccionadas, allí se ensayan los más adelantados procedimientos. Por esto los Trapenses, que acaban de poner el pié en nuestra patria, han procurado primero que estuviese rodeada su casa de algunas tierras que roturar y cultivar. Nosotros aconsejariamos sencillamente á sus enemigos (si alguno hay de buena fe) que se diesen para allá un paseo dentro pocos años para ver por sus propios ojos cómo ha transformado aquellos terrenos la incansable actividad monacal. Un ejemplo sólo citarémos, que, aunque es de hoy, ha dado ya de sí toda la experiencia que pueda apetecer el más prevenido. El del monasterio de *Le tre fontane*, establecido en Roma en el lugar que recuerda la muerte del apóstol san Pablo. Estos heroicos religiosos de la Trapa han hecho salubre á costa de inmensos trabajos y sacrificios aquella comarca, pocos años atrás inhabitable á causa de las emanaciones pútridas de sus lagos y pantanos. El mismo Gobierno impio y demoleedor que hoy ocupa el territorio pontificio se ha visto obligado á respetar la existencia de aquellos benéficos solitarios. No ha

hecho más ; miserable codicia! que apoderarse de la mayor parte de las propiedades suyas, por ellos saneadas aún á costa de la vida de muchos de sus primeros cultivadores. Y por cierto que habiendo fallecido hace pocas semanas el Padre Abad, leemos haberle sucedido en el uso de su báculo y de su mitra un santó religioso, antiguo militar, que años atrás dejó á la puerta de aquella austera soledad su sable de montar y su brillante capacete de coronel de caballería.

IX.

Anverso y reverso de una misma acusacion.

Pero ¡vean Vds! en cuanto empezamos á probar que los monasterios han sido en todos tiempos y son aún hoy los más aventajados centros, no sólo de cultura intelectual, si que de adelantos materiales, nos asalta de pronto una turba-multa de fariseos que fingiéndose escandalizados nos dicen : «¿Pues qué? ¿por ventura no debe el religioso olvidarse de todo lo terreno? ¿A qué ese afán por allegar y cosechar? ¿A qué en torno del claustro y del campanario esas opulentas fincas que oscurecen las de los más ricos propietarios?»

¿Qué le van Vds. á hacer? La impiedad es así, y empeñarse en convencerla es pretender, como se dice, lavarle la cara al negro. Ve al religioso en su celda ó en su coro, dado á la contemplacion,

macerando con el ayuno ó el azote su cuerpo, cubierto de grosero saco, alimentándose de pobre y desabrido manjar. « ¡Mirad, dice, el místico soñador, el ente inútil, el zángano social! ¿Qué bienes reporta el mundo de su ociosa contemplacion? ¡Guerra á los holgazanes!»

Pero ve luego que aquel mismo religioso, á vueltas de su meditacion y de su rezo, organiza la labor de sus campos, toma la azada y arma el rastrillo, desmonta terrenos, dirige plantíos, aprovecha aguas, aclimata raras especies, ensaya nuevos procedimientos, y á fuerza de abnegacion y sudores convierte en bello parque el más inculto erial, y con su industria y talento elabora productos que él no prueba, pero que el refinamiento moderno admite hasta en las mesas de los potentados y de los reyes; y entonces, ¡oh! entonces cambia de registro la impiedad y os dice, guiñando maliciosamente el ojo: « ¡Mirad, mirad al acaparador de los bienes terrenos, al aprovechado explotador de fincas é inventos! ¡Déjenle hacer al mogigato! ya verán Vds. como pasito á paso va él haciéndose dueño de todo el país. ¡Guerra á los explotadores!»

Deseáramos saber resueltamente y de una vez cómo hemos de ser nosotros y nuestras instituciones y nuestras cosas todas para ser del gusto de la impiedad. Lo insolente y desvergonzado de sus críticas y reparos se echa de ver con sólo fijar la atencion en lo que acontece en este asunto de las Ordenes religiosas. La mala fe más cínica es el

carácter fundamental de esa enemiga que en todos tiempos han profesado contra los Institutos religiosos los adversarios del Catolicismo.

«Está bien, me diréis: pero ¿y los que sólo viven dedicados á ministerios espirituales? ¿los que sólo ejercen la predicacion? ¿los que exclusivamente atienden al culto? ¿los especialmente consagrados á la propaganda y á la controversia? ¿También éstos os empeñaréis en presentarlos como elementos poderosísimos de produccion material?»

¡Menguado rebajamiento de ideas el que nos obliga hoy á defender la excelencia de las cosas más elevadas del orden espiritual por las accidentales, aunque ciertísimas ventajas que producen aún en el mismo orden terreno! Pues bien, sí, sí; ¡también esos! también son elementos poderosísimos y primordiales de los mismos intereses terrenos el fraile que predica, el que confiesa, el que enseña, el que reza en su coro, el que vela junto al moribundo. Si, también esos son factores de gran valor en el problema económico, único que os trae constantemente desvelados. También esos, que al parecer os vienen á ayudar no más que para el cielo, y que para eso principalmente debeis buscarlos y estimarlos, también esos de paso os favorecen y ayudan para lo de la tierra. ¡Industriales! Son las mejores ruedas de vuestras máquinas. ¡Comerciantes! Son la mejor garantía de vuestras transacciones. ¡Agricultores! Son la abundancia de vuestros campos. ¡Tenderos y menestrales! Son el ángel de vuestro taller.

Nos comprometemos (no es gran empresa) á dejarlo claro y sólidamente demostrado: y no con razones de la santa Escritura ó de la Teología, aunque para nosotros son las mejores, sino con observaciones de la misma ciencia económica, ya que muchos de vosotros no quieren ver más allá de ese rastrero ideal.

X.

El convento y la economía política.

Recordamos que allá en los años de nuestra mocedad, cuando en las aulas universitarias cursábamos la asignatura de *Economía política*, nos decían á una el libro de texto y el profesor (ambos por desgracia nada ultramontanos), que el primer elemento de producción no era la máquina, ni el capital, ni la tierra misma, aunque á veces, sobre todo á esta última, así se las llamase; sino que el primer elemento de producción era el hombre, el sér racional, á cuyo ingenio y fuerza debían ante todo su acción productora la máquina, el capital y la tierra. Para la industria, pues, personificada en la máquina, para el comercio representado en el capital, para la agricultura simbolizada en la tierra, es el hombre, después de Dios, el primer elemento de acción, y de las condiciones en que se halle este primer elemento humano dependen esencial y primordialmente las en que se hallen des-

pues dichos tres ramos de la humana actividad. Esto es cierto, incontestable, aun para la escuela más radicalmente positivista.

Ahora bien, las buenas ó malas condiciones de este elemento humano pueden considerarse en un doble orden, es decir, en el físico y en el moral. Al físico pertenecen las relativas al cuerpo; al moral las que atañen al espíritu. Pertenecen al orden físico el vigor de la raza, la fuerza muscular, la viveza del temperamento, etc. Pertenecen al orden moral la cultura de la inteligencia y del corazón, la templanza en las costumbres, la formalidad y buena fe en el trato, las ideas nobles y elevadas, el espíritu de pundonor, etc. Advirtiéndose que si bien hay distincion entre estas condiciones del orden moral y las del orden físico, no hay, empero, total separacion. Dependen unas de otras, andan intimamente relacionadas, la decadencia de éstas produce á su vez la postracion de aquellas, cosa que reconocen unánimes la ética y la fisiología. De donde tenemos que un pueblo dotado de excelentes cualidades morales es en igualdad de circunstancias el mejor dotado de excelentes cualidades físicas. La historia comprueba en cada página este axioma. Todos los pueblos han debido principalmente su vigor y energía material á sus virtudes, todos han descendido de su virilidad á proporcion que han crecido en vicios. Es consecuencia irrefragable, pues, que si tanto será más apta para la industria, para el comercio y para la agricultura una generacion, cuanto sea más varonil, vigorosa y activa, tanto más será todo esto

cuanto fuere más sobria, más recta, más sufrida, más dueña de sí y de sus pasiones; en una palabra, más morigerada. Síguese, pues, de ahí, que cuanto fuere más honrado y virtuoso el pueblo, allí (siempre, por supuesto, en igualdad de condiciones) será más buen industrial, más buen comerciante, más buen agricultor.

La razon lo dicta y la experiencia lo acredita. Prescindiendo de la ley histórica arriba apuntada, segun la cual se ve crecer y decrecer á todos los pueblos en su nivel material á medida que sube ó baja su nivel moral, ¿no lo estamos viendo todos los dias? Los mismos propietarios de fincas, fábricas ó bazares ponen con preferencia al frente de sus establecimientos á personas de quienes no sea dudosa la moralidad ó sospechosa la conciencia. Podrán ellos no ser escrupulosos cristianos, pero no les disgusta al frente de su administracion un cristiano escrupuloso; podrán ellos ser malos padres ó malos esposos, jugadores, borrachos ó petardistas, pero de fijo no darán intervencion alguna en sus negocios á quien se les presente con tan poco recomendables informes, aunque mucha sea su aptitud material, mucha su inteligencia.

Conclusion final de esta série de conclusiones que una tras otra hemos venido escalonando es la siguiente: Quien mucho hace por la moralidad de un pueblo, mucho hace por su desarrollo físico y material; quien trabaja para sacar buenos y honrados cristianos á los hombres, trabaja por lo mismo para sacarlos activos dependientes del comer-

cio, vigorosos agricultores, listos industriales, supuesto que pone la primera piedra, el fundamento esencial para que todo esto sean.

Venga ahora, pues, el más prevenido contra los frailes y los conventos, y dígame en puridad. Lo que predica el fraile y lo que en el convento se enseña podrá ser ó no ser de su gusto, porque sobre gustos, como dice el refran, nada hay escrito. Pero, ¿puede negar que sea lo más conducente á la moralidad del pueblo, á las sanas y honradas costumbres, al respeto mútuo de unas clases para con otras, á la formacion, en menos palabras, de lo que en el lenguaje no ya de la Religion, sino aún de la misma moral universal se llama un buen ciudadano? ¿Puede desconocer que el fraile y el convento por su propia constitucion, por necesidad de su naturaleza, han de aconsejar la templanza, la honestidad, el ahorro, la vida laboriosa, la obediencia de los hijos á los padres, la vigilancia de los padres sobre los hijos, la fidelidad entre los esposos, el respeto á la propiedad, la sujecion á las leyes divinas y humanas? Y recorriendo todos los siglos y países en que hubo frailes y conventos, ¿podrá hallar alguno, uno siquiera, en que el fraile y el convento no representen todo eso? A todos nuestros adversarios desafiamos á que si encuentran un dato, uno solo, en contrario, nos lo presenten. Nos daremos por vencidos y callaremos confusos si se logra probarnos que una sola vez la enseñanza popular del convento no ha sido la más favorable á la pública moralidad, y de consiguiente á los propios intere-

ses terrenos de la comarca en que ha ejercido su influencia. Otros son los centros que pervierten y degradan al pobre trabajador y le hacen instrumento tan sólo apto para la holgazanería y el desorden. Otros los focos en que se le enseña á mirar al trabajo como una esclavitud oprobiosa, al capital como un tirano de hierro, al propietario y al amo como los más feroces enemigos. Otras las escuelas en que se le convida á encenagarse en lo más inmundo de la lujuria, en que se le muestra por único alivio de sus tristezas la fiebre del vino, por único solaz las emociones del juego, por única instrucción la satánica propaganda del club y de la hoja socialista. No corren, no, peligro alguno la industria, el comercio ó la agricultura de un país con que sus habitantes oigan al salir de su trabajo la consoladora campana del convento que les recuerda deberes sublimes, ó paseen el domingo por sus patios y claustros, ó se postren á orar sobre las baldosas del templo, ó escuchen al pié de su púlpito la franca enseñanza cristiana de aquel hombre vestido de saco y ceñido de cuerda, que es pobre como él y como él hijo del pueblo. Más riesgo hay ¡oh sabios! para la prosperidad nacional en que el infeliz proletario inunde los cafés y tabernas saturándose de una atmósfera corrosiva; reniegue por calles y plazas de Dios y del rico, que siempre el infierno le enseña maldecir á los dos juntos; llegue á casa ebrio de aguardiente y de insensatas teorías, y atropelle á su mujer, maltrate á sus hijos y convierta en umbral del infierno aquel dulce hogar que debiera ser el

nido de sus horas más apacibles, su verdadero cielo en la tierra.

¡Oh Dios! ¡Y que esto no se comprenda por quienes más interesados debieran estar en comprenderlo! ¡Qué esto se tenga por atraso y preocupación cuando de consuno lo muestran como base de todos los adelantos la razón, el buen sentido y la experiencia!

Pero ¿es por ventura el hombre solamente un animal productor? ¿No es algo más este mundo que un mercado ó una factoría? ¿No tiene acá el sér racional otras necesidades que las de vender caro y comprar barato, y otro ideal que el de ganar mucho para gozar mucho, con todo lo demás que enseña como artículos de fe la ciencia económica de nuestros días? Veamos, pues, si bajo otro aspecto no interesa aún más la restauración de los conventos.

XI.

Supremo remedio de la situación actual.

Mirando con ojos cristianos nuestra situación actual, sin el pesimismo malhumorado de unos ni el bonachon optimismo de otros, fuerza nos será convencernos de que la fe y las buenas costumbres que son su consecuencia han tenido en nuestro pueblo un descenso tal, que es para alarmar fundadamente á quien preste alguna atención, por poca que sea,

al estudio de estas importantes cuestiones. El general desenfreno de todas las pasiones y concupiscencias se traduce en un dato espantoso, pero de significacion incontestable: la pública criminalidad. Es esta una sociedad leprosa por todos los lados y que exhala por todos ellos el hedor de sus corrompidos humores. Ya lo ven nuestros lectores; la palabra *irregularidad*, pudoroso vocablo con que se designan hoy la defraudacion y la estafa, de puro usual no causa ya asombro leerla cada dia en los periódicos: por un quitame allá esas pajas, por si se dijo ó no se dijo una palabra, por miserable codicia de cuatro cuartos, se cometen á la luz del dia, en mitad de la calle, entre personas unidas quizá por los lazos de la sangre, espantosos asesinatos. Tocante á decencia y honestidad, una ligera ojeada sobre lo que lee y lo que canta y lo que aplaude en los espectáculos nuestro pueblo basta para que nos preguntemos avergonzados si hemos retrocedido, despues de diez y nueve siglos de cristianismo, á las ignominias del paganismo de los peores tiempos. En suma, el cuadro general es desconsolador, y si la costumbre puede hacérselo contemplar habitualmente sin honda amargura, no es menos cierto que aun esta misma indiferencia se alarma de vez en cuando, y se ve forzada á exclamar: «¡ Pero, señor, ¿ á qué tiempos hemos llegado? ¿ Entre qué gentes vivimos? ¿ A dónde vamos á parar? »

Es, pues, crisis gravísima la que hoy atraviesan los pueblos cristianos y el nuestro de un modo particular. Ahora bien. Es una como ley histórica el

hecho de que en todas las grandes crisis sociales, de Jesucristo acá, el principal remedio lo ha dado la Iglesia al mundo por medio de las Ordenes religiosas. Una demostracion completa de esta proposicion nos llevaria harto léjos para que osemos siquiera intentarla aqui. Cabria apenas en un libro, cuanto menos en un breve folleto. Podemos, empero, insinuar sus puntos más culminantes.

La primera crisis social que se presenta á los pueblos cristianos despues de su abjuracion de la idolatría es la invasion de los bárbaros del Norte. Véase, empero, cómo con los primeros amagos de la irrupcion hace coincidir la Providencia los primeros ensayos de la vida monacal en Oriente y en Occidente. Cuando el bárbaro se apodera definitivamente del mundo romano, halla ya ocupadas las principales posiciones de él por el pacífico monasterio, sublime valladar que atenúa su empuje, sirve de refugio á los restos aprovechables de aquella civilizacion espirante, corrige los vicios de la nueva que se presenta á sustituir á la antigua, y logrando hacer pasar á la raza vencedora por debajo las arcadas de sus claustros, de brutal y feroz que era la devuelve al mundo noble, generosa, caballeresca, además de cristiana.

Mision parecida tuvieron al declinar la Edad media los Intitutos conventuales. Preparábase para el mundo otra crisis no menos pavorosa y tal vez de mucho más trascendentales consecuencias que la anterior: la del protestantismo, preludiada un siglo antes por los valdenses y husitas, y más antes aún

por los albigenses. Pero ved cómo surgen de en medio de aquellos mismos pueblos, á quienes se apresuraban á emancipar del yugo de la fe los pseudo-reformadores, las grandes figuras de Domingo de Guzman, Francisco de Asis y Francisco de Paula, y en pos de ellos legiones de oscuros héroes en quienes el tosco sayal, la mendiguez absoluta la vida austerísima y penitente constituyen la más genuina afirmacion de cuanto trataba de extirpar del mundo el espíritu de rebelion y desenfreno.

Desde el siglo XVI acá no ha cesado el protestantismo de derramar sobre nuestras sociedades sus frutos de maldicion y de muerte. Pero en la misma proporcion no ha cesado la Iglesia de oponer á cada uno de ellos eficaz medicina en la multiplicacion de sus Institutos. Desde el 1600 acá es prodigiosa la fecundidad de nuestra Madre en obras de este género. Al frente de ellas la inmortal Compañía, es la anti-revolucion por excelencia, y es por lo mismo la favorita de sus odios y la privilegiada de sus persecuciones. Todos los demás Institutos de clérigos regulares, calcados, por decirlo así, sobre el tipo de ella, ya se dediquen á la enseñanza, ya á la caridad, ó ya á las Misiones, llevan el sello de la vida regular ignaciana, nueva variante de la vida religiosa conventual, como la vida conventual de los siglos medios lo fué de la vida monástica de la primera edad. Es el mismo espíritu religioso de siempre adaptando á la condicion diversa de los tiempos su mecanismo accidental; es la vida religiosa creada por Dios para supremo

recurso en todas las grandes necesidades de su Iglesia y que se presenta de repente con el carácter propio de cada época como diciendo: ¡Aquí estoy! Es el monje que detiene en su devastadora marcha á Atila y á Alarico; es el fraile que truena contra el desenfreno de nobles y plebeyos bajo la capucha del dominico ó del capuchino; es el jesuita, verdadero bú, negra pesadilla que hasta en sueños ven como principal contrapeso de su maléfica influencia en el día de hoy las logias de donde salen los Ferry y los Gambetta.

Esta especie de ley histórica, que no tememos sea arbitrario engendro de nuestra fantasía, ha producido en nosotros tiempo há la convicción firmísima de que la sociedad cristiana ha de salir bien de su crisis actual por obra especialísima de los Institutos religiosos. Con todo menos con ellos se ve que transigiría la revolucion; luego es obvio concluir que en ellos presiente el instrumento providencial de su indefectible derrota. Allí donde aparecen un monje, un fraile ó un clérigo regular, allí se despierta inmediatamente el recelo de la hueste revolucionaria; luego lo procedente para el buen católico es favorecer cuanto pueda el desarrollo de esos centros de acción que tanto incomodan al enemigo.

CONCLUSION.

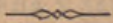
Más claro que todo eso, y más amarga tambien, hay una verdad que no queremos en modo alguno disimular aquí, por más que nos tache álguien de atrevidos. Queremos apuntarla por conclusion. Es, lo dirémos con toda franqueza, la de que no todos los buenos dan todavia la importancia que debieran á estas consideraciones. Los Institutos religiosos de varones (los de mujeres tambien, en su linea importantísimos) debieran ser hoy el objetivo, como se dice, de nuestra más eficaz propaganda. A eso tira tiempo há la nuestra en su humilde esfera de accion. Aliéntense, pues, los católicos españoles á hacer algo ó á hacer mucho en este sentido: no les pesará cuando vean en dia no lejano los resultados. La persecucion que sufren en Francia las casas religiosas puede llegar á ser para nosotros de efectos verdaderamente providenciales. Como se dice en filosofia que *corruptio unius generatio alterius*, la enconada obra de destruccion á que con tanto furor se entregan hoy los radicales franceses puede acarrearlos acá á nosotros preciosos elementos para una reconstruccion en regla. A últimos del siglo pasado sucedió con la protestante Inglaterra una cosa igual. El maravilloso renacimiento católico que hoy con tanto vigor se está operando en el seno de la sociedad anglicana inicióse allí hace un siglo, cuando los emigrados de la primera revolucion de

Francia llenaron el continente inglés y rompieron los primeros con las envejecidas preocupaciones anglicanas contra el culto católico y su jerarquía.

Por dichosísimos nos tendríamos si á producir este resultado en España hubiésemos logrado ayudar algo nosotros con estas sencillas indicaciones.

A. M. D. G.

INDICE.



	<u>PÁGS.</u>
Introduccion.	3
I.—Cuarenta y cinco años despues de la gran catástrofe.	5
II.—¿Qué ganancias sacó el verdadero pueblo de la sangrienta hazaña del 35?	7
III.—Cuatro bancarotas en una.	12
IV.—Quan Dèu vol de tot vent plou.	17
V.—¡Bienvenidos otra vez los frailes!	18
VI.—¿Cómo vuelve el fraile á establecerse entre nosotros?	21
VII.—Más sobre lo mismo.	24
VIII.—Los frailes improductivos.	26
IX.—Anverso y reverso de una misma acusacion.	28
X.—El convento y la economía política.	31
XI.—Supremo remedio de la situacion actual.	36
Conclusion.	41



INDICE

Introducción	1
I.—Comercio y cinco años después de la gran crisis	1
II.—El comercio en el extranjero	1
III.—El comercio en el extranjero	1
IV.—El comercio en el extranjero	1
V.—El comercio en el extranjero	1
VI.—El comercio en el extranjero	1
VII.—El comercio en el extranjero	1
VIII.—El comercio en el extranjero	1
IX.—El comercio en el extranjero	1
X.—El comercio en el extranjero	1
XI.—El comercio en el extranjero	1
XII.—El comercio en el extranjero	1

OPÚSCULOS

FOR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.



A una señora... y á muchas.— 30 cénts. de real.

Cosas del día, ó respuestas católico-católicas á algunos escrúpulos católico-liberales.—70 id.

Devoto octavario al dulce Niño de Belen en el santísimo Sacramento.—50 id.

El clero y el pueblo.— 80 id.

El dogma más consolador.—50 id.

El Espíritu parroquial.—1 real.

La chimenea y el campanario.— 70 cénts.

Las diversiones y la moral.— 1 real y medio.

La voz de la Cuaresma.—40 cénts.

Los desheredados.— 30 cénts.

Los malos periódicos.— 30 id.

Manual del Apostolado de la prensa.—80 id.

Octavario á Cristo resucitado.— 50 id.

¿Para qué sirven las monjas?— 70 id.

¿Qué falta hacen los frailes?— 60 id.

¡ Pobres espiritistas !— 60 id.

¿Qué hay sobre el espiritismo?— 70 cénts.

Ricos y pobres.— 50 id.

Casa y casino.—40 id.

Nimiedades católicas.—40 id.

El dinero de los católicos.—1 real.

Mes de Junio dedicado al sagrado Corazon de Jesús.
—Edicion económica, 1 real y medio el ejemplar.
Edicion de lujo, 3 rs. en rústica, y 7 con planchas y canto dorado.

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR.

La Biblia y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.—24 cénts.

Ayunos y abstinencias: La Bula.—24 id.

El matrimonio civil.—34 id.

El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad.—36 id.

El purgatorio y los sufragios.—30 id.

El culto de san José.—20 id.

El culto de María.—30 id.

El protestantismo, de dónde viene y á dónde va.—80 id.

El culto é invocacion de los Santos.—32 id.

Efectos canónicos del matrimonio civil.—40 id.

Misterio de la Inmaculada Concepcion.—24 id.

El púlpito y el confesonario.—50 id.

El Padre nuestro.—60 id.

TRADUCCIONES DEL MISMO AUTOR.

El Niño Jesús, por Mons. Segur.—60 cénts. en rústica y 2 rs. en percalina.

El miedo al Papa, por Mons. Gaume.—70 cénts.

Imitacion de María, por un monje premonstratense.—60 id. en rústica y 2 rs. en percalina.

La Confesion y la Comunión, por Mons Segur.—80 cénts. en rústica. Edicion de lujo, 5 rs.

La Pasion, por id.—50 cénts.

La secta católico-liberal, por id.—4 real y medio.

Por cada diez ejemplares de las anteriores obritas se dan dos gratis.

OBRAS DE MONS. SEGUR.

Al soldado en tiempo de guerra. — Un opúsculo, 20 cénts. de real el ejemplar.

Avisos y consejos á los aprendices. — 80 cénts.

Clero y nobleza. — 70 cénts.

Consejos prácticos sobre las tentaciones y el pecado. — 4 real.

Consuelos á los que sufren. — 3 rs. en rústica y 6 en pasta.

Contestaciones claras y sencillas á las objeciones más extendidas contra la Religión. A los mismos precios que la anterior. — Están también divididos en 6 cuadernos á 40 céntimos cada uno.

Conversaciones sobre el protestantismo actual. — En rústica 3 rs., y 6 en pasta.

El Dinero de san Pedro. — 20 cénts.

El Niño Jesús. — 60 cénts. En percalina, 2 rs.

El Sagrado Corazon de Jesús. — 3 rs. en rústica y 5 en percalina.

El infierno. Si lo hay, qué es, modo de evitarlo. — 2 rs. en rústica.

Grandes verdades. — 36 cénts.

¿Hay un Dios que se ocupa de nosotros? — 20 cénts.

Josefina, ó una santita de nueve años. — 4 real.

La Confesion. — 4 real.

La Confesion y la Comunión al alcance de los niños. — 90 cénts. — En percalina 2 rs.

La divinidad de Jesucristo. — 80 cénts.

La fe ante la ciencia moderna. — 4 real y medio.

La Iglesia. — 40 cénts.

La libertad. — 4 reales.

La Misa. — 4 real y medio.

La Oracion. — 4 real.

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristó. — 50 céntimos.

La piedad y las virtudes cristianas. — 1 real y medio.

La piedad y la vida interior. — *Primer cuaderno*: Nociones fundamentales, 80 cénts. — *Segundo cuaderno*: La abnegación, 1 real y medio.

La presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar. — 1 real 75 cénts.

La Religión al alcance de los niños. — 80 cénts.

La sagrada Comunión. — 80 cénts.

La secta católico-liberal. — 1 real y medio.

Las maravillas de Lourdes, 3 rs. en rústica y 6 en pasta.

La Tercera Orden de San Francisco de Asís. — 60 cénts.

Los francmasones: lo que son: lo que quieren: lo que hacen. — 2 rs.

Los voluntarios de la oración. — 6 rs. el ciento.

Mi madre. Noticias de su vida y de su santa muerte. — 1 real.

Objeciones contra la Encíclica. — 32 cénts.

Reclinatorio para la visita del santísimo Sacramento. — 2 reales y medio en rústica, y 4 en percalina.

Veladas religiosas. — 2 tomos, 14 rs. en rústica y 20 en pasta. Fuera, 16 y 24.

¡ Viva el Rey ! — 80 cénts.

Por cada diez ejemplares se dan dos gratis si se toman en rústica, y uno si son encuadernados.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.